

Familia: valores y juventud

María Cristina Osorio

Toda la vida social está estructurada de alguna manera en torno a valores, normas, creencias, ritos y símbolos. Estos son los elementos que guían, ordenan y regulan la conducta de los individuos formando redes invisibles, cuyo objetivo es facilitar las interrelaciones sociales.

La captación e internalización de esta malla ética se produce a través de un lento proceso, que en gran medida es inconsciente, puesto que es muy difícil y a veces imposible precisar dónde, cómo, cuándo o quién asentó en nosotros un determinado valor. No cabe duda, sin embargo, de que algunas instituciones sociales tienen un rol más penetrante y sistemático en el proceso de socialización, como es el caso de:

La familia, la educación y la iglesia.

Entre ellas, la familia ocupa un lugar central, puesto que debe establecer el nexo inicial entre el individuo y la sociedad; es por lo tanto su función mediatizadora entre los niveles micro y macro sociales del sistema lo que la hace ser considerada como el núcleo básico de la sociedad.

El cumplimiento de esta función de enlace entre el individuo y su medio, la enfrenta al doble desafío de ser responsable de la socialización de cada uno de los integrantes del grupo familiar y de la transmisión de los valores y patrimonio cultural de la sociedad, asegurando así su estabilidad y proyección.

La familia dentro del modelo cristiano-occidental es el núcleo de acogida del individuo, donde éste tendrá oportunidad de desarrollar una buena parte de sus potencialidades biopsicosociales. Es un hecho que la claridad con que se percibe esta triple función está en directa relación con el orden del enunciado. Es así como el desarrollo biológico se asocia al valor de la vida y por lo tanto, la salud y las acciones tendientes a ella se identifican sin gran dificultad con la nutrición, la higiene, la prevención y la curación de las enfermedades. El nivel del desarrollo psíquico resulta en cambio menos aprehensible y su captación es dife-

rencial según estratos socioculturales, los que evidencian significativas diferencias en cuanto a las conductas que estimulan el equilibrado desarrollo de estas potencialidades.

Pero sin duda el nivel más difuso es el que dice relación con el desarrollo de la predisposición a la sociabilidad, es decir con las vías, formas y conductas que facilitan la asunción gradual y plena de la calidad de miembro de la sociedad.

El punto de partida del desarrollo de la predisposición a la sociabilidad es, de acuerdo a Berger y Luckmann, la internalización: esta herramienta le permitirá a los individuos participar en la sociedad, debiendo para ello desarrollar la habilidad de captar los hechos objetivos que ocurren, interpretar el significado que tienen para el otro, para la sociedad y para él mismo. Es decir, sólo quien hilvane estos tres planos estará en condiciones de una plena participación, la que incluye no sólo la integración y adecuación al sistema social, sino también la posibilidad de modificarlo, mejorarlo y aun de recrearlo. De aquí la enorme importancia que para la sociedad conlleva el proceso socializador.

Para Berger y Luckmann, este proceso reconoce dos niveles, uno primario que se centra en la etapa inicial de incorporación a la sociedad y otro secundario, donde el individuo ya presocializado se va abriendo espacios en ámbitos nuevos. Es obvio que la solidez de los valores y la claridad en las pautas normativas que la familia le haya entregado al niño en la etapa primaria cobrará su real significado en la etapa secundaria, apoyándolo desde sus primeras opciones en la búsqueda y toma de decisiones, como en las conductas asumidas ante cada nueva situación que deba enfrentar.

La profundidad y fuerza de la socialización primaria está dada por la carga emocional que acompaña este proceso de aprendizaje, como también por la consistencia que encuentre el niño en los modelos socializadores, es decir, entre los valores, pautas, símbolos, creencias y prácticas concretas que le transmitan y las conductas y acciones que observe, especialmente en sus padres. De hecho, el mundo real de los niños es el de sus padres y de los adultos más cercanos, abuelos, tíos, etc., puesto que ellos serán los actores principales del escenario al que se irá asomando hasta integrarse a él.

En esta etapa de dominación de los adultos, las relaciones de intercambio cultural, social y afectivo serán relativamente fáciles para ambos, adultos y niños. Sin embargo, al irse ampliando este proceso se va haciendo cada vez más complejo, dinámico y aún diferencial.

La complejidad dice relación con la infinita gama de contenidos cognitivos posibles de entregar y compartir, los que además deben ser simplificados, interrelacionados y graduados en su entrega, según oportunidad y etapa del desarrollo del niño o del adolescente. En cuanto al

dinamismo y a la diferenciación, éstos están en estrecha relación con la madurez, la capacidad intelectual y el nivel cultural de quienes asumen con mayor intensidad el rol socializador, es decir, los padres y familiares cercanos, particularmente en los primeros años de vida, pero también dependerá de las potencialidades de quienes reciban estos estímulos, sin olvidar la significación que tiene el entorno en que ocurre el proceso. Teniendo presente estas características, es fácil comprender que los contenidos cognitivos podrán ser similares en lo medular, pero diferenciales en los matices, riqueza y variedad que cada familia les dé.

Este hecho evidencia aparentemente una inconsistencia con lo expresado en la introducción, donde hablamos de tres instituciones básicas para el desarrollo del proceso socializador del individuo, como si cada una de ellas en sí fuese una unidad uniforme, compacta, sin aristas ni subdivisiones. De hecho no hay en la realidad tal uniformidad, cada una de ellas, no sólo la familia, muestra divisiones o subconjuntos más o menos identificables en su interior, pero institucionalmente la sociedad les perfila sus grandes líneas directrices, como también los puntos deseables hacia los que las orientaciones de cada una de ellas deben ser convergentes. Los reflectores que iluminen esta convergencia deben ser justamente los valores. Cuando ello no ocurre, las normas que resguardan los valores se debilitan, produciendo a nivel individual inseguridad, desorientación y desarraigo y a nivel social, desorganización, todo lo cual ha sido tipificado como el problema de la anomia.

¿Quiénes son los más sensibles a esta falta de unidad institucional, a esta diversidad de pautas que regulan una misma institución? La respuesta es obvia: los adolescentes, puesto que ellos, en su búsqueda de identidad, desearían tener modelos claros, valores susceptibles de identificar como uniformidades reguladoras de la conducta, situación que parece más clara en sociedades tradicionales, pero que se esfuma con facilidad en la sociedad moderna; de ahí que observamos casi como la tónica de nuestro tiempo el conflicto generacional, que en buena parte se deriva de las inconsistencias y de la anomia percibida por los jóvenes.

Algunas manifestaciones concretas del conflicto generacional que afectan al proceso de socialización de la juventud dicen relación con la asincronía que se produce entre los avances materiales y la modificación de los patrones normativos, problema que décadas atrás fue enunciado por Ogburn como el problema del retardo cultural. Podemos así con frecuencia constatar que los jóvenes son más receptivos e incorporan más rápidamente algunos de estos avances. Hoy día el campo de la cibernética y su inmensa variedad de aplicaciones a la ciencia, a las comunicaciones y aun a las actividades lúdicas los hacen autopercebirse en una posición ventajosa frente a los adultos, así, de una situación puntual se pasa fácilmente a generalizarla a otros planos de las relaciones sociales, haciéndoles

sentirse en un plano de igualdad e incluso de superioridad ante los adultos. En estas condiciones, las pautas que regulan el respeto a la experiencia y a los conocimientos adquiridos a través de años de esfuerzo y aun de ensayo y error, pierden imagen e incluso toda significación.

También inciden en este conflicto las variables socioculturales, evidenciando claras ventajas para manejar adecuadamente la situación y disminuir las diferencias en la percepción de la realidad, los padres que han alcanzado niveles altos de educación; ellos estarán en cierto modo obligados a estar más atentos a los ritmos del desarrollo y su preparación les facilitará la adecuación a ellos. La combinación de educación y flexibilidad asume una extraordinaria significación como modelos socializadores, al mismo tiempo que una experiencia de vida más rica en variedad de roles desempeñados favorece la agudeza y madurez para percibir y diferenciar lo medular, profundo y permanente de lo secundario, externo y modificable. El punto central radica aquí en la selección de los valores que favorecen en el individuo las opciones que le permitan desarrollar más plena y armónicamente sus potencialidades y, al mismo tiempo, las que disminuyan el problema del retardo cultural.

En definitiva, el gran dilema por resolver es decidir qué valores reforzar. Pareciera que los valores centrales, aquellos que debemos resguardar son los que comprometen más profundamente las interrelaciones individuales y colectivas. Entre éstos tenemos la honradez, la responsabilidad, la lealtad, la solidaridad, el compromiso, es decir, todos los que dentro de un marco ético acentúan el sentido de pertenencia, de identidad y que dinamizan el crecimiento de las personas, de los grupos y de las organizaciones sociales.

Algunos de los trabajos presentados al Primer Congreso de Investigadores Sociales y Médico-sociales sobre problemas de la Juventud, realizado en Santiago en 1986, nos ilustran algunas de las dimensiones aquí planteadas.

Un estudio realizado por De la Noi, García-Huidobro y León, orientadoras familiares del Instituto Carlos Casanueva, en Talleres de orientación para jóvenes de estratos medios y bajos de Santiago, revela que en los entrevistados aflora una fuerte carga negativa hacia la sociedad, la educación y la familia. Ellos se sienten desprotegidos y rechazan tanto el autoritarismo como la sobreprotección de los padres, destacando como uno de los mayores problemas la falta de comunicación, situación que les hace percibir a los adultos como desinteresados y sin capacidad de comprensión, ni de apoyo hacia ellos. Las carencias de estos jóvenes hacen pensar sin duda en un proceso socializador pobre, tanto en contenidos cognitivos y afectivos, como en valores que orienten positivamente su conducta hacia una participación activa dentro de la sociedad.

Otro estudio, realizado por la Dra. Paula Peláez y Ximena Luengo, entre jóvenes residentes en una localidad semiurbana y de estratos similares al estudio ya comentado, destaca que ellos perciben la presencia del padre como poco significativa para sus vidas; limitan el espacio socializador de la familia a la figura materna y reconocen su afecto y esfuerzo, pero critican las escasas orientaciones de vida recibidas de ella. Este estudio se asemeja al anterior en cuanto a lo restringido de los modelos socializadores y a la falta de contenidos valóricos que faciliten la construcción de proyectos de vida entre estos dos grupos de jóvenes entrevistados.

Distinta es la situación encontrada en Concepción en estudio realizado por el Dr. Mario Pérez *et al.*, y en Santiago en investigación realizada por M. Cristina Osorio. Ambos estudios fueron realizados entre estudiantes terminales de enseñanza media, provenientes de estratos medios y medio-altos ofreciendo una extraordinaria similitud en algunas de las variables estudiadas. Así los modelos de estructuras familiares y los proyectos futuros para la formación de sus familias de procreación son coincidentes en cuanto al claro predominio de estructuras nucleares y a los ideales de formar igual tipo de familias, sólo que de menor tamaño, evidenciando que la institución matrimonial y las normas sociales que la regulan han sido fuertemente internalizadas.

En el estudio realizado en Concepción los jóvenes coinciden en que lo ideal es encontrar en los padres una relación igualitaria, rechazando el poder y la autoridad que la sociedad les asigna, especialmente a la figura paterna; sin embargo, el 70% acepta el sistema familiar tal cual es, existiendo sólo un 15% que manifiesta un franco rechazo hacia él.

El estudio realizado en Santiago por la suscrita encontró que un 18% de los jóvenes formaba parte de familias incompletas (padres separados y viudos), más un 4% que vivía con abuelos o tíos, situaciones que hacen pensar en vacíos en la socialización, que podrían afectar más tarde sus roles adultos. En ambos trabajos se observa que los jóvenes, sin distinción de sexo, aspiran a formar parejas con relaciones igualitarias y roles intercambiables, particularmente frente a la tarea socializadora con los hijos.

Un punto importante de considerar es que siendo la etapa juvenil un período de intensa búsqueda de identidad y de cristalización del rol sexual, los valores y normas sociales que regulan el ejercicio de la sexualidad asumen una especial significación. De hecho el adolescente está biológicamente apto, pero no emocional, ni socialmente maduro para ejercer su sexualidad. La sociedad entrega una gran responsabilidad en este aspecto a la familia, como también a las otras dos instituciones ya mencionadas. Idealmente los padres deben representar el modelo de relación de pareja, donde se vive la dimensión afectiva y sexual en concordancia con los valores y las pautas normativas que la sociedad ha establecido para ello. La edu-

cación debe entregar conocimientos y sobre todo un adiestramiento de la racionalidad en las conductas interpersonales. La iglesia por su parte debe asentar los valores morales que elevan y proyectan el ejercicio de la sexualidad a un plano que está sobre la mera satisfacción física. De aquí que debiéramos esforzarnos por hacer más estrecha y complementaria la tarea socializadora de este trío institucional, puesto que si ellas ofrecieran permanentemente instancias que se retroalimentaran, los primeros beneficiados serían los jóvenes y luego la sociedad global.

Al reforzar los lazos, particularmente entre familia y educación, vale tal vez la pena recordar que tanto los roles de padres como los de profesores son roles recíprocos, es decir, que se requiere de los hijos en el primer caso y de los alumnos en el segundo, para poder ejercerlos. Esta reciprocidad de los roles es una situación que no siempre se tiene presente, lo que favorece el sesgo de percibir a unos sólo como emisores de mensajes (padres y profesores), y los otros como simples receptores (hijos y alumnos), olvidándose que ambos polos intercambian estímulos y respuestas y que, por tanto, el proceso socializador los envuelve a todos.

Este aspecto cobra especial relevancia ante los adolescentes, que rechazan, como se ha podido comprobar en distintos estudios, todo verticalismo en la entrega de contenidos, particularmente los de tipo ético y normativo. En esta etapa culturalmente considerada como de crisis es importante comprender que la crisis no sólo es producto de una posición errónea de la juventud, sino de una mutua falta de apertura, de un alto grado de rigidez y probablemente de una precaria comunicación. Por lo tanto, debemos estimular a padres e hijos, a profesores y alumnos, es decir, a jóvenes y adultos, a hacer un esfuerzo conjunto por entender los significados del otro y por compartir contenidos cognitivos y valóricos, que los hagan sentirse conjuntamente miembros de la sociedad en que viven.

ABSTRACT

Prof. Osorio's study reminds us of the central position of the family in the ethical web of society. The great relevance of the socialization process is indicated, in particular as it affects the young through their perception, search for and selection of values. Some of her observations are supported by material found in the Acts of the First Congress on Social and Medico-Social Investigation of Youth Problems, held in Santiago in 1986, where the aim was to define the identity as well as the actualization of the sexual role among the young. Thus, such values as those which control the practice of sexuality assume special significance where family patterns, education and religious preceptive may be decisive.

REFERENCIAS

- BERGER, Peter y LUCKMAN, Thomas, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu, 1972.
- ° DE LA NOI, M. Luisa; GARCÍA-HUIDOBRO, M. del Pilar y LEÓN, Patricia, "La juventud en centros de formación técnica frente a sí misma, la realidad actual", Santiago, 1986.
 - ° OSORIO, María Cristina, "Estructuras familiares: familias de orientación y de procreación, una exploración en estudiantes de enseñanza media de Santiago", Santiago, 1986.
 - ° PELÁEZ, Paula y LUENGO, Ximena, "Adolescencia, investigaciones de la realidad en atención médico-social", Santiago, 1986.
 - ° PÉREZ, Mario; VICENTE, Benjamín; AGUILERA, Patricia, "Adolescencia y familia", Santiago, 1986.

° Estos cuatro trabajos fueron presentados en el Primer Congreso de Investigadores Sociales y Médico-Sociales sobre problemas de la juventud, organizado por los Departamentos de Sociología y de Psiquiatría y Salud Mental, División Ciencias Médicas Oriente, de la Universidad de Chile, en julio de 1986.